

El entierro de mi madre

Juli Garzo Sanjuán

El entierro de mi madre



Juli Garzo

Capítulo 1

El entierro de mi madre

Cuando terminó el entierro, lentamente nos dirigimos hacia el lugar que había preparado la empresa fúnebre para recibir las condolencias y hacer un frugal refrigerio, como era común en esta comunidad.

Era una pequeña casita dos alturas, despintada y con paredes que olían a humedad. Entramos por la parte superior, que era un largo recibidor, con una valla de madera negra que la separaba con la planta inferior, el recibidor finalizaba con una escalera abierta, de no más de diez peldaños, que nos acercaba al nivel bajo, un poco más espacioso, donde se encontraba una alargada mesa de madera.

Mi hermano mayor se quedó en la entrada, recibiendo los pésames de los asistentes, que poco a poco iban circulando por el recibidor, bajando por la escalera y colocándose de forma desordenada alrededor de la mesa.

Yo estaba callado cerca de la escalera, disimulando para no tener que contestar ni hablar con nadie y si se acercaba alguien o detectaba alguna muestra de que un conocido deseaba hablarme, agachaba la cabeza e intentaba poner una facción triste para que no tuviera que contestar o pudiera hacerlo con una corta respuesta como "gracias por venir", o un "era inevitable"...

La situación se me hizo agobiante, así que antes que se llenara más la estancia salí por una sencilla puerta que estaba en la misma salita que la mesa. Al salir respiré aliviado, inspiré y vacié los pulmones en dos largos y profundos respiros, pero no conseguí quitarme la tristeza que me embargaba. Caminé por el exterior, no era lo que había imaginado al salir, me encontraba en otra parte del camposanto, donde entre lápidas, tumbas y nichos, unas tristes plantas deseaban demostrar el poder de la vida, pero estaban secas y polvorientas, bajo un fuerte sol y el ruido de las cigarras. No entiendo porque en nuestra tierra son tan tristes los cementerios y porque los arbustos, árboles y flores no surgen alegres dando color y esperanza.

Estaba pues, tan a disgusto fuera como adentro, así que decidí regresar, y retorné por la puerta de estancia inferior. Justo al entrar me topé con un cochecito negro, que albergaba un bebe, así que para disimular y evitar que se me acercara más gente que no deseaba saludar, me puse a mover pausada y rítmicamente el cochecito. Al poco rato de haber iniciado esta maniobra, se me acercó una joven, que de entrada me produjo rechazo, ya que tenía la cara marcada por estos negros agujeros o surcos que

produce el sarampión.

- Por favor, deje de acunarla, ya que no deseamos que se duerma, además ya es bastante mayorcita, - me dijo la joven

Miré dentro del cochecito, y era cierto, no un bebé como yo había pensado, sino que había una niña, de unos seis o siete años, bastante pequeña para su edad, y presentaba en la cara las mismas cicatrices de la que yo asumí que era su madre.

- Lo siento – dije balbuceando, en voz muy baja, que creo que ni me oyó. Y levanté la mirada y vi un nutrido grupo de personas, compartiendo unos aperitivos alrededor de la mesa, entonces me di cuenta que la gente que estaba en la estancia no era mi familia, ni los conocidos de mi madre, así que entendí que nuestro evento ya había terminado y que estos eran el siguiente turno, así que me propuse salir lo antes posible de este lugar donde no debiera estar.

En mi marcha hacia la puerta una voz me interrumpió: -No se vaya aún, hay aperitivos para todos, y también buen vino – levanté los ojos y ví a mi interlocutor , un hombre que estaba en un lugar preferente cerca de la mesa y que sostenía un copa de vino en su mano, por lo que debía ser un familiar del difunto. Al mirarlo y no conocerlo me reafirmé en mi decisión y salí con paso raudo hacia la puerta , aunque no recuerdo si mencioné alguna excusa al marchar, lo que si es seguro es que si la hubiera mencionado hubiera sido en voz tan baja que ningún presente hubiera podido entenderla.

_De nuevo fuera, pensé, y volví a respirar tranquilo.

Divisé a lo lejos a mi grupo, estaban cruzando una gran y soleada plaza y se dirigían al aparcamiento.

Aceleré el paso y hasta corrí para atraparlos. Mi hermano mayor con su hija cerraba el grupo.

Me acerqué a ellos, deseando que no detectaran mi presencia, pero mi hermano me vio y me dijo:

-¿Dónde has estado? No te he visto en la casita. Bueno, ahora vamos a comer todos algo. ¿que opinas, prefieres un mesón grande o uno pequeño?

Yo me quedé callado, indeciso, y en estos segundos de mi silencio mi sobrina nos interrumpió

-Papi, no molestes al tío— y acompañó esta tranquilizadora frase con una

sonrisa

Me sentí aliviado, por primera vez en este día, y creo que hasta sonreí cuando dije:

-Prefiero un mesón mediano, eso, un mesón mediano.